

mento a su obra fundamental.

El género biográfico fue también bastante cultivado y sin duda que el recurso a esta fuente bibliográfica abrirá nuevos horizontes historiográficos.

El grupo americano representa la actividad desconocida de la gran generación.

Cuando el joven Gilij preparaba en los Llanos su ingreso al Orinoco convivió al lado de Gumilla varios meses: "En enero de 1749 hallábase (Gumilla) preparando unas adiciones para su historia, en las que se retractaba y describía larga y graciosamente los nuevos descubrimientos. El me las leyó, pero la muerte le sobrevino (...) e hizo que este último trabajo quedara imperfecto e inédito".

Del P. Roque Lubián nos dice Hervás y Panduro que hizo con esmero sus estudios filosóficos y teológicos a los que añadió los de Historia Natural y de la Geografía para hacer más útil su ministerio apostólico, en el que dió pruebas de virtud y ciencia. Al abandonar el Orinoco como desterrado por Carlos III dejó en América para la impresión los siguientes manuscritos:

"Historia del Orinoco" "Apéndice a la Real Expedición de Límites entre los dominios de España y Portugal en América".

Gran importancia dió la corte española en los días de la Expedición de Límites en un opúsculo que redactó el intrépido P. Román — descubridor del Casiquiare y Rector de la Universidad Javeriana de Bogotá más tarde — a raíz de su descubrimiento acerca de la intercomunicación fluvial Orinoco-Amazonas.

Esta es a grandes rasgos la arquitectura historiográfica constituida por los jesuitas coloniales. Una obra inconclusa, agitada y exigua pero de gran personalidad y autonomía; su problemática radica en el desconocimiento de su historia y de la riqueza documental que ofrece lo que podríamos llamar **Monumenta Historica Societatis Iesu** en Venezuela.

Así pues se debe rendir justicia a hombres como Gumilla, Gilij, Mas, que divulgaron por Europa la realidad de una Venezuela abandonada pero rica en recursos naturales y abierta a todas las posibilidades y convivencias sociales.

José del Rey, S.J.

# PROBLEMÁTICA EN TORNO A LA BIBLIA

## LA BIBLIA

Bajo este nombre griego "Biblia" = "los libros", se comprenden todos aquellos escritos que han sido reconocidos como libros inspirados por la Iglesia. Son los denominados libros del Antiguo y Nuevo Testamento.

Son libros históricos en cuanto fueron escritos en el espacio y tiempo, que son datos históricos. Porque nos describen las vicisitudes de un pueblo, el pueblo de Dios, en su relación con pueblos y naciones, y en relación con Dios. Antiguo Testamento. Las vicisitudes de otro pueblo, la Iglesia, en sus comienzos, en su esencia, en su desarrollo, en su elaboración: Nuevo Testamento.

Sus autores son hombres. Hombres compenetrados en su ambiente político-religioso-social, e influidos por él. Hombres deseosos de crear una obra, que por ser "también" humana —hacemos hincapié en el "también"— está impregnada de defectos. Hombres que describieron la obra de Dios de manera humana, limitada por las circunstancias, los conocimientos, las tendencias. En su lectura se palpa la obra de los hombres.

Aunque no sólo sean obra humana. Porque en medio de pequeñeces e imperfecciones nos habla Dios por ellos.

La Biblia es palabra de Dios. Dios se acomoda al ser y obrar humanos, cuando entra su influjo en el círculo del hombre. Por esta razón se acomoda en la escritura santa al modo de ser humano, al obrar humano. Quiere que el hombre sea no simple "secretario" suyo, que copie sus palabras, sino que él mismo transcriba con su propio vocabulario las ideas que Dios, de manera admirable pero no por ello menos real, hace brotar en la mente humana.

La Biblia es "palabra humana y mensaje de Dios" (1).

### SU AUTOR ES DIOS

De estos libros, denominados "Biblia", decimos que son inspirados. Así lo dice la Iglesia "fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo" (2). Inspirados significa tanto como escritos bajo influjo especial de Dios, bajo su mandato, bajo su luz y claridad.

No se trata aquí de la inspiración poética de la que vemos hablar al tratarse de poesía. La inspiración bíblica es más profunda, más íntima, más activa de parte de Dios, en cuanto que El, —y el hombre con El y bajo su tutela—, es el que fragua las ideas, les da vida y expresión.

Más aún, la Iglesia nos dice que Dios es autor de la Biblia (3).

Dijimos en el párrafo anterior que la Biblia fue escrita por hombres, que vivieron como nosotros en el mundo. Entonces, ¿cómo se puede afirmar que sea Dios su autor?

Cuando a una persona le asignamos el título de "autor" de un escrito, queremos con ello indicar que la persona en cuestión ha elaborado el libro, no en su formato exterior, sino en cuanto que a él se deben las ideas allá expuestas, los juicios expresados, las palabras escogidas para la mejor expresión de las ideas.

Apliquemos esto a la "Biblia". Los hombres, sea Pablo, Lucas o Juan, forjan en su mente, bajo inspiración inmediata de Dios las ideas, las expresan en sus escritos, eligiendo para ello las palabras que a ellos les parecen más acomodadas. Por esta razón son ellos autores de los libros sagrados a ellos asignados.

¿Pero, Dios? Claro está que Dios no es autor en el sentido estricto arriba indicado. La palabra "autor" puede tener diversos sentidos. Podemos decir que dicho término es "análogo". A Dios se le atribuye en otro sentido distinto del que damos a esta palabra cuando la referimos al hombre. Sin querer con ello aminorar en nada el verdadero título de "autor" atribuido a Dios. Dios es "autor" de los libros sagrados.

Al decir de Dios que es autor de la Biblia a nadie se le ocurre pensar que Dios se ponga a la máquina para rellenar unas cuartillas, ni que tenga que estar discurrendo las ideas ni las palabras que sirvan de vehículo a aquellas. No. Dios no necesita de eso. Y sin embargo decimos que Dios es verdadero "autor" de la Biblia.

Explicuemos nuestro aserto.

En la explicación siguiente nos limitaremos a los libros del Nuevo Testamento. Si la aclaración expuesta sirve para ellos, tiene también valor para los del Antiguo, ya que éstos fueron escritos en orden al Nuevo Testamento. Tienen sentido, valor y expresión en cuanto que son preparación y símbolo de la Nueva Ley.

El Nuevo Testamento fue escrito en los primeros años de la Iglesia Naciente, de la primitiva Iglesia. Es decir cuando la Iglesia se estaba estructurando todavía en su misma esencia.

La Iglesia primitiva no es sólo un período más o menos largo en la historia de la Iglesia. Es también y sobre todo la pauta, guía, norma de la Iglesia de todos los tiempos, de la Iglesia fundada por Cristo. Si la Iglesia del siglo XX, la que nosotros vivimos, es tal como la vemos en su estructura íntima y contenido profundo, no lo es porque los hombres la hayan configurado de esta forma, sino porque es la continuación histórica de la Iglesia que en sus primeros pasos fue modelada "así". La esencia de la "Iglesia primitiva" sigue siendo el núcleo de la Iglesia de hoy, como lo fue y será siempre.

Ahora bien en esos primeros pasos de la Iglesia surge el Nuevo Testamento. Surge como Escritura dentro de la Iglesia y Escritura de la Iglesia. No es el capricho humano el que impulsa a redactar las cartas y libros que hoy conocemos. Es Dios quien impulsa a los hombres a escribir. Porque si Dios quiere fundar una Iglesia —¿qué otra finalidad alberga cuando desciende del cielo y se hace hombre?— y la quiere tal como hoy la tenemos, quiere también que se escriba el Nuevo Testamento. El es contenido de la Iglesia de Dios, elemento constitutivo —no único, es cierto— de la Iglesia de Dios (4).

La Escritura es la Fe de la Iglesia primitiva, es la redacción escrita de la Iglesia primera, y como tal encierra en sí el contenido esencial de la obra divina en la tierra. Podríamos decir que es la Iglesia misma puesta por escrito. Si esto es verdad, y no cabe duda de que sí lo es, debemos confesar que la Escritura es obra de Dios. Porque la Iglesia, cuyo constitutivo —repetimos no único, pero sí esencial— es la Escritura, es obra de Dios.

Se concluye pues que Dios es autor de la Biblia.

De todo lo dicho anteriormente surge al instante una pregunta que más de una vez ha preocupado a los peritos. ¿Puede haberse extraviado un libro inspirado? ¿Puede haberse perdido un escrito, que Dios destina como mensaje suyo a los hombres? A primera vista parece que sí. ¿Por qué no? No sería ciertamente el primer libro que a lo largo de la Historia haya desaparecido sin llegar a conocimiento de la posteridad.

Sin embargo hagámonos la siguiente reflexión. ¿Es pensable históricamente el hecho de que Dios haya escrito un libro para los hombres y que estos no lo hayan recibido? ¿Que un libro que es elemento constitutivo de la Iglesia se haya extraviado, sin llegar a nosotros?

En el siglo XX, más aún en nuestros días se han hecho grandes hallazgos en las cuevas del Qumran. ¿No será posible que entre los papiros

encontrados y todavía por encontrar aparezca un escrito nuevo, destinado por Dios a los hombres y desconocidos hasta el día de hoy?

Creemos que no. Que trozos insignificantes sin contenido especial, o aunque importantes, descritos ya en otros lugares de la Escritura, se hayan podido extraviar, no parece del todo imposible. Lo que no parece admisible es conceder la posible pérdida de escritos enteros, que de una u otra forma expresan la Fe de la Iglesia Naciente, de la Iglesia en sus primeros pasos, norma y pauta de la Iglesia de todos los tiempos.

### ¿COMO SE CONSTITUYO EL CANON BIBLICO?

En otros términos: ¿cómo sabemos que los 45 libros del Antiguo Testamento y los 27 del Nuevo y sólo ellos son los inspirados? Cómo se llegó al Canon bíblico, es decir a la lista actual de los libros inspirados, decretado en el Concilio Tridentino (5).

No tratamos aquí de ver cómo puede llegar un cristiano a saber si un libro está inspirado o no. Claro está que la norma en este aspecto es la Iglesia; y los libros inspirados y canónicos son los que han sido determinados por ella como tales. Tratamos más bien de ver cómo llegó la Iglesia misma a establecer el canon. Debe existir alguna regla según la cual la Iglesia fijara el canon, pues la Iglesia no obra irracionalmente. Esa regla es la que queremos tratar de estudiar en este punto.

La teología protestante se fija en la índole misma de los libros. Para saber si un libro es inspirado, dicen, hay que estudiar los libros mismos. Ellos por su contenido, su sublimidad, el fruto espiritual que producen, los milagros que en ellos y por ellos se obran, en suma por criterios intrínsecos a los libros mismos, nos dicen que son obra de Dios, proceden de Dios.

No vamos a pretender rechazar por completo ni aminorar el valor de los criterios internos. Los libros sagrados son obra de Dios y como tal Dios actúa por ellos. Ni vamos a dejar de concederles un auténtico valor, sea literario, sea sobre todo dogmático. ¿Pero basta esto para que se pueda llegar a la fijación canónica de los libros inspirados? Creemos que no.

El método usado en el campo protestante es demasiado subjetivo, individualista, y como tal la Iglesia no lo admite como norma de fijación del canon. Tiene además el peligro de dejarse influenciar por el estado psicológico del lector, al tratar de valorar su contenido. Y el libro inspirado sigue siendo inspirado aun cuando a uno en momento psicológico especial, no le parezca contener nada conducente para el provecho de su alma, nada que le una con Dios.

Nada extraño que ni los mismos protestantes estén de acuerdo en el número de los libros inspirados. Pues mientras unos rechazan los dos libros de los Macabeos por "demasiado" humanos, otros como E. Stauffer, profesor actualmente en la Universidad de Erlangen, admiten solamente el libro del "Apocalipsis" de San Juan entre los inspirados del Nuevo Testamento (6).

Los criterios llamados internos, sin restarles valor alguno positivo, no nos resuelven el problema planteado, y como tal tienen que ser rechazados.

Entre los católicos se admite comúnmente que la fijación de los libros inspirados tiene que provenir en último término de Dios.

Sin embargo parece difícil poder precisar cuándo y cómo se llevó a cabo esa revelación divina. El Cardenal Bea dice: "no lo sabemos" (7).

Rahner en cambio pretende buscar una solución. En su libro "Über die Schriftinspiration" rechaza con la mayoría de los autores modernos el origen o procedencia apostólico como norma de libro canónico, ya que nos consta que dos de los autores, Lucas y Marcos, no fueron apóstoles. Ni parece ser suficiente el afirmar que estos discípulos no hicieron sino poner por escrito la doctrina de sus maestros Pablo y Pedro respectivamente. Como tampoco lo es el afirmar que por ello Pablo sea el autor de los Hechos de los Apóstoles, pues claro está que es Lucas. Además la crítica moderna, apoyada en documentos recientes parece dudar del autor de la carta a los Hebreos, de la segunda de Pedro y de la canónica de Santiago (8).

Al buscar positivamente solución al problema fija Rahner su atención en la primitiva Iglesia, "Urkirche" como la llama. Si nos fijamos en el valor que tuvieron los libros sagrados en la Iglesia naciente, tal como lo vimos en el párrafo anterior, fácilmente se concluye con Rahner, que libros inspirados son los que fueron escritos bajo la directa intervención especial divina, y que como tales encierran el contenido nuclear íntimo y esencial de la Iglesia naciente (9).

Ellos son los inspirados, ellos son los canónicos, porque al igual que la Iglesia misma, tienen a Dios como autor.

SEBASTIAN ALTUNA B., S. J.

1. — Jean Levie, S. J. en la "La Bible: parole humaine et message de Dieu".
2. — Denzinger, 1787.
3. — Denzinger, 1787.
4. — Karl Rahner: "Über die Schriftinspiration", p. 52.
5. — Denzinger, 784.
6. — E. Stauffer en su libro "Jesus, Paulus and wir", p. 27. Cita "Orientierung", 30 April, 1962.
7. — Bea en "De Inspiratione Scripturae Sacrae", p. 92.
8. — "Introduction à la Bible I", p. 52.
9. — Karl Rahner, op. c., p. 75.